



Jaime Quezada: Los Amores (Secretos) de un Eremita

Por Suetonio

Las cosas intrascendentes y el comidillo de nuestra aldea escritorial me dejan frío. Me gusta ser halagado, y me halagan. Nunca olvidaré un recital en la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1971. Había tres mil estudiantes. Terminé lleno de humildad, conmovido, llorando en medio de un silencio que hizo más elocuentes los aplausos. Fue la mejor comunicación de cómo la poesía es capaz de unir, hacer puentes, estrechar manos...”

UNA INTIMA REVELACION

—¿Cómo define usted el fenómeno de la creación poética?

“¿Cómo explicarlo? Mire... el fenómeno de la creación poética se me ha venido dando últimamente como un acto muy personalísimo, muy en mí. El escribir hoy en Chile —el escribir con conciencia, se entiende, con lucidez, con claridad de ánimo y de porvenir— es una revelación muy íntima, muy secreta. Cada día la amada poesía, más que un acto de fe poética, parece volverse un lujo patético o un acto clandestino, como bien escribe Alfonso Calderón en el prólogo de un libro de un poeta joven. Yo busco el rincón más oculto de mi casa, donde nadie escuche ni nadie perturbe el tecleo de mi máquina. Por instinto natural y racional necesito soledad, secreto, aislamiento, lejanía. Oculto en mi silencio. Cuando he encontrado mi habitat me he encontrado a mí mismo. El resultado será un poema que yo mismo no recordaré mañana en mi memoria, aunque estaba ya en mi memoria mucho antes de que lo escribiera”.

Jaime Quezada no corresponde al tipo de poeta que escribe y oculta cuanto hace. Escribe para publicar (“Tal vez por eso escribo poco”), aunque cuanto hace se publique en un siglo venidero, cuando la Tierra sea una canción o un infierno. Por ahora, todo lo que escribe se publica. Le importa comunicarse con los demás a través del buen decir del lenguaje.

“Revistas y diarios, de aquí y allende los Andes, nunca me han tachado un verso o una frase en mis artículos, ni siquiera una coma. Me respetan hasta las faltas de ortografía. Eso es bien estimulante para un creador. Por eso tengo fe. Y los vientos huracanados que soplan servirán para aventar lo bueno de lo malo. La poesía, si es verdadera, si es llama de amor viva, saldrá a flote, sobrevivirá. Por lo demás, esta pequeña nación —no pequeño territorio—, con dos Premios Nobel, nunca ha sido generosa con sus poetas y escritores: marginados, olvidados, postergados. Y pensar que son sus poetas —y no sus vinos, ni sus tenistas, ni su cobre— los que le han dado celebridad en el mundo entero. Nuestra Gabriela Mistral estuvo en la Asamblea General de las Naciones Unidas hablando de los Derechos Humanos, y otro tanto hizo Neruda en el Pen Club, en la UNESCO y en otros organismos internacionales. Nuestros poetas han llevado su palabra a todos los rincones del mundo. ¿Hay otro país que pueda darse este lujo? La poesía es un acto de humildad, pero también de orgullo. A los poetas se nos ha dado una palabra. Y tenemos que saber utilizar esa palabra, de tal manera que, como en el verso mistraliano, haga sangrar al cordero, caer al pájaro, quemar el pasto vivo...”

LOS NIÑOS SABEN MUCHO

Por ahora escribe pequeños cuentos que él llama “de niños y no para niños”.

“Los niños saben mucho más de lo que parece (estoy citando a Martí). A ellos cuento cosas que no entenderían nunca los mayores. Y mis poemas son como el revés de esos cuentos de infancia: un poco demoniacos, un poco angélicos. Un acto larvario que limpia y libera. Nascimento editará este año mi libro de poemas Astrolabio. ¿Libro de poemas en Chile? Usted sabe, Suetonio, lo que significa Nascimento en el historial literario-editor de este país. Y, a pesar de que no pasa por sus mejores tiempos, yo espero que la poesía haga su milagro...”

—Si tuviera que autoclasificarse como poeta, ¿qué diría?

“Que soy un poeta más intuitivo que teórico. Más cerca de la tierra, de las montañas, de la pasión forestal que de escuelas o doctrinas. Creo que el hombre nunca vivirá en paz ni en felicidad mientras no exista un auténtico amor al prójimo. Sólo hay instantes, que bien podría ser un minuto. gozo eterno de felicidad. Por eso creo en todos los dioses, en todas las religiones, en todos los héroes, en todos los hombres, en todos los diablos, en todas las mentiras, en todas las vanidades. La poesía no puede ser negación de nada. Es libertad y verdad a su tiempo. Hago mía la frase de Albert Camus: no hay que estar con los que hacen la historia sino con los que la sufren...”

Cuando el poeta se retira, uno se imagina que hará lo que se propuso cierta vez: tomar el tren o el aire y también huir de las moscas.

JAIME QUEZADA: “Los poetas y escritores han dado celebridad a Chile, que ha sido poco generoso con ellos”...

“En una época de muchedumbres, de avisos comerciales, de neurotizados a cada paso, yo procuro vivir eremíticamente. A mis treinta y pico años, soy anacoreta. Pertenecesco a las catacumbas, a los patios medievales, a la música barroca, a las lecturas de San Juan de la Cruz. ¿Qué otra cosa puede hacer un poeta joven, o no ya tan joven? Irse a la montaña. Allí se puede ser solitario y libre. Creo que, tarde o temprano, terminaré haciéndolo”.

Me imagino al poeta Jaime Quezada metido por allí donde la tierra restalla en su exuberante plenitud, cerca de silencios musicales y bebiendo agua de nieve, con su rostro ascético, sus ojos tremendamente tristes en un rostro plácido del que descuelga una barba mesiánica. Tal vez con su cama en el suelo y mesa y asientos de piedra. Un hombre fugado del mundanal ruido.

No lo ahuyentaría frustración alguna. Ahí está su obra: “Poema de las cosas olvidadas” (1965), “Las palabras del fabulador” (Premio Alerce, 1973) y “Poesía joven de Chile” (1973), obra ésta que la importante editorial mexicana Siglo XXI ha distribuido por toda América y Europa y que asegura ya su segunda edición. El Departamento de Literatura de la Universidad de California, San Diego, prepara una traducción de sus poemas. Colabora con artículos y ensayos literarios de varias revistas extranjeras. Ignacio Valente lo señala como uno de los poetas interesantes de su generación. Y Andrés Sabella escribía, hace diez años, en las páginas de este mismo diario: “Jaime Quezada, un poeta para no olvidar”.

Todo esto sea subrayado por si alguien insiste en poner en dudas sus indiscutibles méritos.

UN DESTINO VOCACIONAL

No tiene otro oficio que el quehacer poético y literario. No es abogado, ni oficinista, ni profesor, ni empleado fiscal.

—“Amo la soledad, el ocio, la naturaleza. Estudié un poco de antropología, de literatura, de periodismo y concluí una tesis: El delito de extorsión de aeronaves comerciales. Esto cuasi me ha hecho abogado. Pero el Derecho me abandonó porque me vio en amores con la poesía, desde muy temprano. No se puede, en la vida, servir a dos señores. O se vive para la poesía o se vive de las leyes. Opté, con resuelto destino vocacional, por lo primero, con todo lo que ello significa: voto de pobreza, voto de soledad. Estoy en paz conmigo mismo. Le debo mucho a la Universidad de Concepción, cuando nuestra Universidad nos formó una mentalidad razonadora, crítica, ilustrada y creadora”.

Habla en voz baja como si quisiera que cada una de sus palabras no tenga resonancias sentenciosas. Es posible que por esta actitud de modestia persistente pase inadvertido en los grupos literarios. No le desvelan la publicidad ni el afán de publicaciones. Sabe lo que hace y por qué lo hace. Se define como hombre de profunda condición religiosa.

—“La poesía improvisada, a tontas y a locas, de tazas de café, de fines de semana y domingos, no va conmigo”...

—Lo motejan de perfeccionista...

“Creo que quienes así piensan están en lo justo. Me guía un profundo amor por lo perfecto. He publicado cinco breves libros, entre poemarios, leyendas y prosas testimoniales. Tal vez nada. O todo lo que he escrito podría reducirse a una sola y simple hoja. Las demás... para que hagan dibujos los niños,